

# El diario del artista viajero Jean-Frédéric Waldeck, 1825–1837

por Pablo Diener

Abstract. – The Bohemian traveller J.-F. Waldeck (1766–1875) lived eleven years in Mexico. There, he promoted performances, worked as an editor and printer, assembled an impressive collection of pre-Columbian objects, carried out several archaeological expeditions in the Anahuac and the Mayan region, and made many hundreds of drawings and watercolours depicting different aspects of the country. He carefully described his experiences in his travel-diary; this manuscript gives us a manifold image of a man who was eager to understand and participate in the nation's rise and development, and to gain public acknowledgement for his work as well. Waldeck's very personal writings are examined closely in this article. The analysis reveals a man with an encyclopaedic culture who registers, comments on, and discusses his observations and his own activities in Mexico, while being conscious of the fact that he is witnessing a period of historical importance for this Latin-American nation.

Las informaciones biográficas documentales que poseemos sobre el viajero bohemio Jean-Frédéric Waldeck están relacionadas, de forma directa o indirecta, con México. Este personaje aparece en el horizonte histórico en Londres en 1822, asociado al editor Henry Bertoud, que publicó los trabajos arqueológicos llevados a cabo por Antonio de Río en 1787 en Palenque. Es en las litografías de esa edición que encontramos por primera vez el nombre completo de Jean-Frédéric Waldeck, actuando ahí como grabador.<sup>1</sup>

Un par de años más tarde, en enero de 1825, Waldeck comenzó a escribir un diario cuyo objeto es el viaje a México que realizó entre marzo de ese año y los primeros meses de 1836. Se trata de un viaje que emprendió contratado como mecánico para trabajar en la explota-

<sup>1</sup> Antonio del Río, *Description of the Ruins of an Ancient City Discovered near Palenque in the Kingdom of Guatemala* (Londres 1822).

ción minera inglesa de Talpujahua, y que después derivó en una prolongada aventura en ese país, donde ejerció los más diversos oficios y concluyó con un largo periplo de exploración arqueológica en Palenque y Yucatán. El manuscrito del diario está compuesto de varios cuadernos, con más de un millar de páginas escritas en francés; en él el viajero registró su vida, sus quehaceres y sus ideas con absoluta regularidad.<sup>2</sup> Las últimas anotaciones están datadas de 1837, ya en París y Londres; el diario se interrumpe un año antes de que apareciese el *Voyage Pittoresque et Archéologique dans la Province de Yucatán pendant les années 1834 et 1836* (París 1838), la única publicación de envergadura realizada por el propio viajero, donde expuso su visión del pasado de México.

Durante veinte años no volvería a dar noticias, hasta que en 1859 reapareció en un pequeño manuscrito en el que comenta un trabajo del abad Bresseur de Beaubourg sobre arqueología mexicana.<sup>3</sup> A partir de esa fecha y hasta su muerte el 29 de abril de 1875, el nombre de Waldeck figuraría reiteradamente en sociedades eruditas francesas, como en la Sociedad Americana, el Consejo del Comité de Arqueología Americana y la Sociedad de Etnografía, y relacionado con los trabajos del Comité de Historia, Lingüística y Arqueología de la Comisión Científica de México.

De este modo, las noticias consistentes sobre este personaje cubren aproximadamente 30 años y, sumados a la laguna de poco más de dos décadas – entre 1837 y 1859 –, abarcan un periodo de más o menos medio siglo (de 1822 a 1875). Para la biografía de cualquier individuo podríamos asumir este marco temporal como el cuerpo consistente y representativo de una vida. Pero éste no es el caso de Waldeck. ¡Para 1822, fecha de la primera referencia comprobable que poseemos, ya cuenta más de cincuenta años!

Las tentativas de escudriñar esa primera mitad de su vida no han conseguido traspasar la cortina de humo tras la cual se oculta.<sup>4</sup> Desconocemos informaciones precisas acerca del lugar y fecha de su nacimiento. Pudo haber venido al mundo en Praga o en Viena, y quizá la familia estuviese relacionada con la nobleza del ducado alemán de Sajonia-Coburgo-

<sup>2</sup> Los diarios de Waldeck pertenecen a los fondos de la British Library (Londres) y de la Newberry Library – Ayer Collection (Chicago).

<sup>3</sup> British Library (Londres), Ms. Add 41685, fol. 18.

<sup>4</sup> Véase sobre todo Howard F. Cline, “The Apocriphal Early Career of J.-F. Waldeck, Pioneer Americanist”: *Acta Americana* V (Los Ángeles 1947), pp. 278–299.

Gotha, donde existía la casa nobiliaria de los condes de Waldeck. Y en cuanto a la fecha de su nacimiento, las referencias son igualmente vagas. Un documento del Ministerio de Instrucción Pública francés que le concede una pensión en 1874 indica que nació el 16 de marzo de 1766.<sup>5</sup> Pero, por lo visto, esta información nunca llegó a ser comprobada y el propio interesado parece haber incrementado la confusión cuando las autoridades francesas le pidieron un certificado de nacimiento.<sup>6</sup>

También en relación con su juventud y madurez sólo poseemos las informaciones que él mismo quiso dar a conocer. Se habría establecido en París, junto con su familia, siendo aún un adolescente; pudo haber realizado estudios en el ámbito de las artes en el taller de algún maestro del clasicismo francés; y siendo muy joven pudo haber comenzado una vida de viajero que lo habría llevado al continente africano, donde habría recorrido desde Egipto hasta el Cabo de Buena Esperanza y a Sudamérica, inicialmente a Chile y Perú, y de ahí habría viajado hasta el interior de Guatemala. La única fuente para estas informaciones son los relatos del propio Waldeck y, hasta la fecha, ninguna de ellas ha podido ser comprobada con otros documentos. Es curioso que prácticamente la totalidad de las referencias autobiográficas de ese primer medio siglo surjan en los escritos de los últimos quince años de su larga existencia, vale decir, cuando bordeaba o incluso ya rebasaba los cien años de edad.

Algunos de sus relatos son claramente fantasiosos, como, por ejemplo, la descripción del primer viaje a América:

“En 1821, diferencias de carácter y de dinero me llevaron a separarme de mi amigo Lord Cochrane, almirante de la flota de Chile; partí de Lima siguiendo por el río Marañón que corre hacia el este a través de una infinidad de ríos, uno de los cuales, el Copán, me condujo a las ruinas del mismo nombre. Mi bagaje arqueológico, del que yo había hecho acopio en Egipto, se conmocionó ante la vista de las bellezas que se ofrecían a mi instinto de dibujante; y durante una estada de casi un mes dibujé todo lo que era accesible sin tener que realizar excavaciones. Soy, pues, el primer hombre competente que se ha ocupado de las ruinas de América Central y, puedo agregar, soy el primer americanista.”<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Archives Nationales (París), ms. F 17/3238 – Waldeck, Baron de.

<sup>6</sup> Cline, “The Apocriphal Early Career” (nota 4), p. 284; y Claude-François Baudez, *Jean-Frédéric Waldeck, peintre. Le premier explorateur des ruines mayas* (París 1993), p. 186.

<sup>7</sup> Jean-Frédéric Waldeck, “Sur l’archéologie américaine”: *Archives de la Société Américaine de France* 2a serie, 1 (1875), pp. 143–146, aquí p. 143.

La inverosimilitud de esta ruta es absoluta; por mucho que intentemos entenderla como una descripción resumida del periplo, no existe forma de pasar desde el río Amazonas al interior de Guatemala. Y en las anotaciones de su diario escrito en México, siempre con profusión de referencias cruzadas y asociaciones que vuelan por los cuatro puntos cardinales, no encontramos ni una sola mención del mundo andino ni tampoco alusiones que permitan suponer que efectivamente haya estado en el interior de Centroamérica.

Sería fácil descalificar este relato simplemente como un desvarío con connotaciones de senilidad, tratándose de un hombre ciertamente ya muy entrado en años. No obstante – y con independencia de errores geográficos de bulto como el de la ruta que habría seguido de Sudamérica hasta Guatemala –, tenemos numerosos escritos en los cuales su lucidez se manifiesta de forma indiscutible, incluso en los últimos días de su vida. Parece más bien que, a esas alturas, Waldeck estaba empeñado en construir su biografía de manera de darle coherencia.

Como artista, arqueólogo y viajero parecía intuir que su quehacer ganaba sentido en función de México y el mundo prehispánico. Así, durante su larga vejez lo encontramos constantemente dictando conferencias, publicando artículos y participando en discusiones eruditas en círculos americanistas de París, donde gozaba de cierto prestigio y, sea en documentos oficiales o en menciones hechas de paso, su nombre aparece regularmente acompañado del atributo de “decano de los viajeros”. Waldeck se esmeró por construirse a sí mismo, modelar su imagen pública y marcar el lugar que pensaba que merecía en el campo de las artes y de las ciencias. Es en ese sentido que quizá quepa aplicar a su personalidad el principio de sinceridad inversa de que habla André Gide en su *Journal (1889–1939)* al referirse a la comprensión de sí mismo que construye el artista: “[Narra] de manera que el retrato de sí que constituye su vida sea idéntico al retrato ideal que desea. Dicho aun más sencillamente: que sea tal como quiere ser.”<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Sylvia Molloy, *Acto de Presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (1a ed. en español, México, D.F. 1996), p. 200.

## EL DIARIO DE UN VIAJERO ERRANTE

A pesar de toda su riqueza, fruto del largo periodo que abarca y de la asiduidad con la que su autor se sincera en esas páginas, el diario de viaje en México no resuelve la multitud de interrogantes que ofrece la vida de este personaje más que centenario. Pero lo que sí nos facilitan esos manuscritos es la comprensión de algunos aspectos de su personalidad; pueden permitirnos vislumbrar cuál era su horizonte cultural, aprehender algunos trazos de su interés por el conocimiento del México prehispánico y entender la lente a través de la cual miró los vestigios de un pasado que, por esas décadas, se consolidaba como un factor fundamental de la identidad nacional mexicana.

En el primer cuaderno el manuscrito inicia la cuenta del tiempo en Londres en enero de 1825. Su autor es lacónico, y aun así menciona una ida a la ópera y otra al teatro; hace referencia a encuentros con sus empleadores de la empresa minera anglo-mexicana, diversas visitas de tipo social y reuniones familiares en las que alude con algún detalle a su mujer María – casi 25 años menor que él – y a sus tres hijos, dos adolescentes y un niño de cuatro años. Todos ellos aparecerían una y otra vez, como en una especie de estribillo textual, al concluir las anotaciones diarias durante los once años de viaje: “Dieu bénisse Maria et Fritz, Caroline et John”.

En las anotaciones sobre los preparativos del viaje encontramos una meticulosa lista del contenido de las cajas con su equipaje. Además del voluminoso conjunto de ropas y efectos personales enumerados con prolijidad, aparece una rica biblioteca con un total de unos 100 volúmenes. Entre los títulos figura, en primer lugar, la Enciclopedia de Diderot y d’Alembert. En el vasto abanico temático aparecen obras sobre geografía universal, historia natural, mineralogía y anatomía; pero también el Diccionario Filosófico de Voltaire y obras de Montesquieu. Incluye una serie de libros de la Antigüedad Clásica, con un manual de historia antigua, un diccionario griego, la Odisea y obras de Plutarco y Jenofonte; y la presencia de los nombres de Pierre-Henri de Valenciennes y Charles Percier, con tratados sobre la pintura de paisajes y sobre arquitectura, decorados de teatro y de interiores, respectivamente, así como la de dos volúmenes sobre monumentos franceses, revela una preocupación por tener a mano importantes herramientas para el quehacer en un amplio espectro de cuestiones relacionadas con el arte.

Algunos de los libros incorporados en el equipaje sin lugar a dudas pueden explicarse como instrumentos de trabajo y podrían ser útiles para el desempeño de las funciones de un mecánico en la explotación minera en México. Pero, en lo substancial, nos ofrecen un retrato intelectual de un individuo con un abanico enciclopédico de intereses, inmerso en la tradición iluminista, para cuya existencia esos volúmenes representaban una compañía imprescindible. Y quizá también nos proporcionen indicios de que el viajero contaba con la posibilidad de emprender otras aventuras distintas del mero desempeño en la sociedad de extracción minera.

Desde las primeras páginas del diario, las reflexiones que Waldeck escribe sobre México tienen un tenor erudito y calzan perfectamente con el semblante intelectual que dibuja la biblioteca portátil. Así, por ejemplo, a los pocos días de haber aportado en Tampico, en el mes de mayo de 1825, pasando momentos de ocio mientras esperaba el desembarco de su equipaje, comentó en los siguientes términos un paseo por Pueblo Viejo:

“[...] fui a visitar una fuente donde los habitantes van a lavar, y me he quedado sorprendido por la belleza de algunas jóvenes indias y más aun por la analogía que existe entre las egipcias y ellas, en la manera de vestirse y de llevar el agua sobre la cabeza en vasos de terracota perfectamente etruscos y con ornamentos similares. Dibujé una india lavando, bellísima, y otra llevando un jarro sobre la cabeza, y un hombre joven, bello como una estatua antigua.”<sup>9</sup>

En su juicio valorativo, Waldeck hace gala de un vasto conocimiento del mundo antiguo, y es evidente que sus parámetros de belleza son rigurosamente neoclásicos. Pero también quiere dejar patente que, gracias a viajes precedentes, posee un conocimiento de primera mano de los pueblos y de los espacios geográficos actuales, que fueron escenario de la historia antigua. Evoca la fisonomía de otros pueblos al observar a los mexicanos y, al mismo tiempo, enriquece sus observaciones con comentarios sobre afinidades entre elementos de la cultura material americana y la griega y la etrusca. Su fantasía analítica vuela de un lado del atlántico al otro y parece entusiasmado de poder establecer este tipo de paralelos, actuando con frecuencia con una ligereza diletante.

Ya en ruta rumbo a la mina de Talpujahuá, la mirada que dirige al paisaje también manifiesta la pesada carga de una tradición culta de la

<sup>9</sup> Newberry Library – Ayer Collection (Chicago), ms. 1261, núm. 1, fol. 27.

cual nunca se despoja. Atravesando una profunda quebrada en la región montañosa próxima de Zacualtipán (en el actual estado de Hidalgo) combina espontáneamente la emoción con una cualificación tipológica del paisaje. Vale decir, en el propio manuscrito de su diario, su interlocutor más próximo, donde suele escribir monólogos bastante íntimos, donde anota sus angustias, sus ilusiones y hasta sus sueños más ocultos, caracteriza la naturaleza con un lenguaje erudito, cargado de especulaciones y asociaciones:

“La conmoción que esta garganta desencadenó fue tan sublime como sobrecogedora, las montañas primitivas, los estratos horizontales y perpendiculares, árboles cuyas ramas se han transformado en raíces, una confusa multitud de plantas que han echado raíces sobre troncos viejos, grandes columnas verdes, una especie de cactus que crecen sobre las rocas y que son llamados de ‘órganos’ [...] En fin, después de cuatro horas de la más peligrosa marcha que jamás había realizado, salí de la cañada para seguir por las montañas. [...] Después de haber subido una media hora ya no estaba más en América y me encontraba en Calabria, en sus montañas, donde el suelo es rojo y contrasta singularmente con los pinos de Italia, que aquí crecen en abundancia y de gran tamaño; los propios habitantes dan a estas montañas un aire italiano.”<sup>10</sup>

El sobrecogimiento ante el paisaje sublime, que intimida y exige esfuerzos, se resuelve en una vista pintoresca tan amena como la que podría ofrecer el espacio italiano. La emoción que Waldeck siente ante el paisaje de México lo lleva de retorno a la tradición artística europea. De la conmoción ante las “montañas primitivas”, que aparecen como un entorno amenazador donde hasta la vegetación es confusa, pasa al alivio de un paisaje con contrastes familiares. La aprehensión, que no por erudita es menos sincera, revela un perfecto dominio del repertorio conceptual que venía siendo construido de Inglaterra hasta Italia a lo largo del último medio siglo.

¿Por qué un individuo con todo este bagaje se embarcaría en una empresa tan trivial como la de una explotación minera? Su propia respuesta fue que siempre quiso ver en el original aquellos monumentos mexicanos que había litografiado para Berthoud en 1822, y varias décadas más tarde, ya en los últimos años de su vida, presentó ese viaje como parte de su vocación vital de expedicionario y arqueólogo. Sin embargo, la perspectiva histórica nos sugiere un camino de realizaciones menos lineal. El hecho de embarcarse en Londres – por los días en que probablemente estuviera cumpliendo 59 años – para ir a ejercer el

<sup>10</sup> Ibidem, fols. 42–43.

oficio de funcionario de una empresa minera en un lugar lejano, más que una opción, probablemente haya sido una necesidad impuesta por la falta de mejores alternativas de existencia. Y, de hecho, no consiguió soportar ese trabajo. Llegó en junio de 1825 a Tlalpujahua y ya en agosto estaba en rotundo conflicto con sus empleadores. Se queja de males físicos y usa la edad como escudo para no asumir determinados trabajos; no demuestra ningún empeño por resolver sus tareas y constantemente justifica su inactividad en la falta de los instrumentos necesarios. Si comparamos esa actitud con los ingentes esfuerzos que fue capaz de realizar algunos años más tarde, cuando descubrió un espacio de realización vital en la exploración arqueológica de Palenque y Yucatán, trabajando sin recursos y sin apoyo, en las condiciones más hostiles que sea posible imaginar, sufriendo además de hernia crónica y de hemorroides, no podemos sino interpretar su comportamiento en la mina como un claro rechazo a ese quehacer.

En diciembre rompió con sus empleadores. Y un par de meses después se estableció en Ciudad de México y dio por terminado el primer cuaderno, que llamaría “Diario de mi cautiverio en Tlalpujahua, que habría de concluir el 14 de febrero de 1826”.

A juzgar por las anotaciones que encontramos en las partes siguientes del diario, de los seis años que pasó en la capital del país (de febrero de 1826 a marzo de 1832), tres y medio fueron una etapa de desesperada búsqueda por la supervivencia. Pero no se trataba sólo de los esfuerzos por conseguir trabajos que le permitiesen sustentarse, una preocupación que permanecería constante hasta los últimos días de su vida y que durante la estada en México se agravó con la preocupación de mandar dinero a casa. Los manuscritos nos transmiten, sobre todo, la angustia de un hombre que procura un quehacer de acuerdo con sus expectativas y que satisficiera su horizonte cultural. Pintó retratos, dio clases de dibujo y de pintura, aplicó sus habilidades artísticas en quehaceres de restaurador, ilustrador o grabador e incluso organizó juegos de azar con la esperanza de lucrar. Y transformó su pasión por el teatro en una opción de realizaciones gratificantes, que también concibió reiteradamente como una fuente plausible de ingresos.

Los espectáculos de fantasmagoría lo ocuparon de forma constante. De hecho, ya en su equipaje embarcado en Londres encontramos la mención de un “chevalet optique”, es decir, un instrumento óptico que, asociado a la inclusión de “2 lampes patente du Major Cochrane”, parecen componer una linterna mágica. En México dedicó horas y

días de trabajo a pintar las placas de vidrio que, colocadas en ese aparato, serían proyectadas sobre un telón en un espacio oscurecido. Montó una sociedad, y en varias ocasiones llegó a realizar funciones que, no obstante, nunca fueron rentables.

En este mismo campo de las representaciones teatrales aparece varias veces entusiasmado en proyectos de montaje de espectáculos de ópera, en los que no sólo participaba pintando los decorados, sino que en una ocasión incluso llegó a asumir el papel de Don Basilio en *El Barbero de Sevilla*. Pero también en ésta, como en todas sus otras empresas, el fracaso financiero fue absoluto. Y ya en un punto de máxima irritación – estado de ánimo al que llegaría con frecuencia creciente – dejó constancia del disgusto que siente al verse criticado:

“No saben hacer la diferencia entre la superioridad de mis decorados y sus mamarrachos, no ven sino colores, como en los suyos. Oh, orgullosos hijos de la ignorancia, estáis lejos del estado de la civilización incluso del más pequeño de los villorrios europeos.”<sup>11</sup>

Hacia la segunda mitad de 1827 se involucró con entusiasmo en otro proyecto, cuando entabló relaciones con Isidro Ignacio Icaza, director del Museo Nacional de México. Esta vez se trataba de participar como dibujante y grabador en una publicación de las piezas de la colección del museo que sería realizada por entregas. Para su sorpresa, sus honorarios y también su participación en los beneficios que resultasen de esta edición fueron aceptados, y ya al comenzar recibió una suculenta cantidad de dinero. Llegó a dibujar y grabar doce láminas, que aparecieron en los tres primeros fascículos de la *Colección de las Antigüedades Mexicanas que existen en el Museo Nacional y dan a luz Isidoro Icaza e Isidoro Gondra. Litografiadas por Federico Waldeck e impresas por Pedro Robert* (México, D.F. 1827). Pero con el correr de los meses, los suscriptores comenzaron a flaquear y ya en octubre del mismo año escribió abatido en su diario:

“Estuve con el Sr. Icaza; parece que me veré privado de la obra de antigüedades. No hay dinero para continuar. Qué haré sin esa obra. Oh, María, Fritz, como soy desgraciado.”<sup>12</sup>

Pasaría más de medio año en una situación angustiante, hasta que en julio de 1829 visitó a Luciano Castañeda, el ilustrador que había

<sup>11</sup> Newberry Library – Ayer Collection (Chicago), ms. 1261 núm. 2, fol. 257.

<sup>12</sup> Ibidem, fol. 212.

acompañado a Guillermo Dupaix en la expedición arqueológica realizada en la primera década del siglo. Fue a partir de ese encuentro que Waldeck comenzó a construir una nueva esperanza y mudó radicalmente el tenor de sus anotaciones cotidianas. Sobre la conversación con Castañeda encontramos un registro breve en el diario: hablaron sobre las ruinas de Palenque, un sitio que aparece con características idílicas donde el arroz y el maíz son abundantes y por el que pasa un río en el que abundan las truchas y donde no hay fiebres.<sup>13</sup> Poco después, en el mes de septiembre, concluyó el segundo cuaderno del diario. Y cuando inicie la tercera parte, el 14 de octubre de 1829, el tono será otro, lleno de ilusión y empeñado en materializar el proyecto de viajar a Palenque y a Yucatán.

#### EL DIARIO DE UNA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA

En los primeros años de su estada en México, Waldeck ocasionalmente había manifestado curiosidad por asuntos arqueológicos; más allá de los meses que pasó trabajando en las litografías para el Museo Nacional. A veces menciona que ha adquirido o que ha copiado alguna pieza prehispánica y hace referencia a conversaciones sobre temas de ese ámbito con otros viajeros. E incluso, a finales de agosto de 1827, encontramos en su diario una alusión aislada a la intención de viajar a Palenque. Pero esto no aparece formulado como un proyecto que cautivase su interés.

En comparación con esa actitud, el cambio es absolutamente evidente a partir de octubre de 1829. De hecho, el tercer cuaderno del diario se inicia con una excursión a Xochicalco, que si bien parte con la descripción detallada de un juego de vaqueros en la hacienda donde se hospedaba, en seguida se avoca a comentar la excursión a las ruinas, donde realizó varios dibujos cuya exactitud, según escribe, verificó en el curso de dos visitas en días sucesivos. Y con un tono amable, que desde los primeros días en México no había vuelto a utilizar, anota:

“[...] y así les dijimos adiós a esas bellas ruinas, prueba incontestable del esplendor y de la civilización de los ancestros del pueblo mexicano, porque ese templo es mucho más antiguo que los reyes aztecas: lo construyeron los toltecas”.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Ibidem, fols. 339–340.

<sup>14</sup> British Library (Londres), ms. Add 41684, fols. 2v–3.

La elaboración acabada de los apuntes para esos registros visuales lo mantendrá ocupado durante más de un mes y, regularmente, cuando los comenta aprovecha para entablar un diálogo con la descripción de José Antonio de Alzate, publicada en México en 1791, y no pierde la ocasión de fustigar a Alejandro de Humboldt por repetir en su *Vues des Cordilleres et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique* (París 1810) la ilustración de Alzate y por comentar un monumento que nunca visitó.

Con estos y otros dibujos de motivos arqueológicos, así como vistas del paisaje y escenas costumbristas, comenzó a concebir un libro en la tradición de las publicaciones pintorescas. Ese propósito lo indujo también a visitar Teotihuacán que, como Xochicalco, comenta con un lenguaje lleno de connotaciones casi poéticas:

“[...] a medida que uno se acerca a Teotihuacán, el paisaje gana un aspecto sonriente por la vegetación; el agave, el maguey y el árbol del Perú embellecen ese paisaje. A dos leguas de Teotihuacán ya se vislumbran las dos pirámides [...] que podrían ser tomadas por grandes colinas si no se tiene conocimiento de ellas.”<sup>15</sup>

Ese tono ameno, de una aproximación que parece querer seducir a futuros lectores, se complementa con informaciones detalladas sobre altura, proporciones y orientación de las pirámides y con impulsos de interpretación y tentativas de completar lo que supone habría quedado inacabado o que se habría perdido con el tiempo.

En lo inmediato, por cierto, nada de esto le proporcionaba recursos económicos, de modo que paralelamente continuaba buscando formas de sustentarse con algunos de los trabajos que venía realizando desde su establecimiento en la capital. Pero esto ya apenas es objeto de sus anotaciones. Se hacen más frecuentes, en cambio, las observaciones sobre sus encuentros con Castañeda y también con Carl Nebel – el joven dibujante alemán que viajó a México con el objetivo específico de ilustrar las ruinas arqueológicas –, que aparece entre sus interlocutores habituales. Y sobre todo, va ganando cuerpo el proyecto de viaje a Palenque, que predomina sin contrapeso de cualquier otro asunto en las preocupaciones que anota en sus registros cotidianos.

Es posible que uno de los desencadenantes de esta mudanza tan radical que experimenta Waldeck efectivamente hayan sido las conversaciones con Castañeda, quien pudo transmitirle una idea de la viabili-

<sup>15</sup> Ibidem, fol. 53v.

dad de una empresa de ese tipo y ofrecerle una imagen casi tangible de aquel mundo. Y es probable que, al mismo tiempo, ese impulso haya sido apuntalado por la noticia de que la Sociedad de Geografía de París estaba ofreciendo una medalla de oro de 2.400 francos a quien enviase una descripción en texto, imágenes y mapas de Palenque y de la península de Yucatán. Concretamente, en la edición de inicios de 1829 del *Bulletin de la Société de Géographie* se informa que la oferta seguía abierta, y en la edición de 1830 se comunica una ampliación del plazo para la entrega de los trabajos.<sup>16</sup> Teniendo en cuenta la personalidad de Waldeck, un hombre lleno de pasiones y ansioso por conseguir reconocimiento y también siempre en una situación financiera bien precaria, no resulta osado pensar que esta oferta lo haya llevado a tomarle el olor a un camino hacia la fama y, quizá, también al dinero.

El concurso abierto por la Sociedad de Geografía fue seguido con enorme interés por un buen número de exploradores, entre los que en el *Bulletin* son mencionados por esas fechas – sea por el envío de cartas o reportajes, sea por noticias de segunda mano – Francesco Corroy, un médico francés establecido en Tabasco, el militar centroamericano Juan Galindo, Carl Nebel, que a pesar de la declaración de intenciones no llegó a intentar esa exploración, y también Waldeck.

Es concretamente en una carta que el cónsul general de Francia en México dirigió a la sociedad parisina donde encontramos informaciones sobre Waldeck, refiriéndose a él como un alemán que

“[...] ha conseguido que el gobierno de ese país se interese por un proyecto relativo a Palenque, en el que se propone permanecer en el lugar durante el tiempo que sea necesario para hacer excavaciones y dibujar los monumentos, tan pronto como hayan sido suscritas cincuenta acciones de 250 piastras cada una. El ministro del interior, el Sr. Alamán, ha acogido el proyecto y ha enviado una carta circular a los gobernadores de los veinte estados de México [...]. Algunos obispos se han suscrito, y en un país donde la influencia de los prelados decide muchas cosas, este primer paso es un buen augurio; en fin, cabe suponer que la suscripción será cubierta y que el Sr. Waldeck sin duda seguirá adelante con su proyecto.”<sup>17</sup>

<sup>16</sup> “Antiquités Américaines”: *Bulletin de la Société de Géographie* 11 (1829), p. 194–196; “Prix pour la Description des Monumens de Palenque et de la Péninsule d’Yucatán [...]”: *Bulletin de la Société de Géographie* 13 (1830), p. 186–187.

<sup>17</sup> “Lettre de M. Adrien Cochelet, consul-général, a M. Jomard, membre de l’Institut” (datada en México el 30 de diciembre de 1831): *Bulletin de la Société de Géographie* 17 (París 1832), pp. 101–108, aquí p. 102.

En las grandes líneas, el relato que ofrece el cónsul coincide con las anotaciones que encontramos en el diario del viajero, aunque ciertamente el tono de sus anotaciones personales siempre sea más ácido. Manifiesta preocupación de que otro, particularmente Nebel, se le pudiese adelantar en esta empresa. Se disgusta por tener que hacer antesala durante horas para conseguir las suscripciones, lo que interpreta como un desinterés por las expediciones científicas en ese país. Y en relación con Lucas Alamán, cuyo apoyo tardó meses en conseguir, escribe una larga diatriba donde lo llama de “pequeño jesuita monárquico”, “enemigo de las luces y de las artes” que, no obstante, tiene la audacia de pretender “aspirar al título de protector de ambas”.<sup>18</sup>

Y la venta de suscripciones no iba tan bien como auguraba el cónsul. Ya ansioso, Waldeck escribió en su diario:

“[...] como no consigo reunir el dinero para hacer mi viaje a Palenque y teniendo en cuenta que mi obra perderá mérito si no puedo ilustrarla con los dibujos y las descripciones de primera mano sobre esa ciudad, estoy decidido a hacer el viaje a pie; es mucho para mi edad, pero quizá la Providencia me ayude.”<sup>19</sup>

La gran preocupación de Waldeck era que otro explorador le arrebataste la primicia. Y el tono melodramático de ese trecho delata los rasgos histriónicos de este personaje, que desde luego a sus 65 años difícilmente iría a hacer a pie un camino de más de 1.000 kilómetros, cargando un pesado equipaje de instrumentos y libros. No obstante, su osadía nos sorprende porque a pesar de no haber reunido sino escasamente la mitad del presupuesto previsto, se arriesgó a viajar, partiendo de México a inicios de marzo de 1832, vía Veracruz, con destino a Tabasco.

El propio desarrollo de la empresa aparece a veces como una especie de carrera de vallas en la que el viajero se veía confrontado con tal número de dificultades que nos admira su decisión y habilidad para salir adelante. Pasadas las peripecias de la travesía y del viaje por tierra, ya durante las primeras semanas en Palenque entró en conflicto con sus cuatro asistentes y acabó deshaciéndose de ellos. Trabajando solo, tuvo que pasar a contratar jornaleros para abrirse el camino a las ruinas y para despejar los monumentos que pretendía describir y dibujar. Pero con el correr del tiempo, la escasez de sus recursos financieros era tan evidente que hacía peligrar la continuidad de su proyecto. Así, con el objetivo de economizar tiempo y dinero, de los 14 meses

<sup>18</sup> British Library (Londres), ms. Add 41684, fol. 29v.

<sup>19</sup> *Ibidem*, fol. 23v.

que pasó en Palenque, durante los últimos cuatro estableció su cuartel general en las propias ruinas.

La comprensión que Waldeck tenía de su actividad como explorador de arqueología era muy amplia. Es cierto que examinaba y registraba las ruinas y, en general, los vestigios de la cultura material con profunda atención; en ese sentido, no es mera retórica la observación que había hecho en relación con Xochicalco, ruinas a las que dice haber retornado para verificar los detalles del dibujo hecho inicialmente. Ese procedimiento meticuloso también es constante durante su estada en Palenque. Pero al mismo tiempo sentía la necesidad de aprehender el mundo que exploraba en un contexto mayor; interpretar implicaba para él establecer vínculos a escala de la historia universal. Por eso es que incluso en el difícil viaje a Palenque y por Yucatán continuaba cargando un lastre de libros que, si bien se ha reducido considerablemente en comparación con la biblioteca traída de Londres – con una selección dedicada sobre todo a los temas del mundo antiguo –, incorporó una serie de obras de interés específico para esta etapa de su viaje. Menciona, por ejemplo, varios manuscritos originales, entre ellos un manuscrito de la obra de Dupaix, lleva cuatro volúmenes de las *Antiquities of Mexico* de la obra de Lord Kingsborough, la publicación de Antonio del Rio y la *Historia de la Ciudad de Guatemala* de Domingo Juarros.

Cuando todavía estaba en Ciudad de México, había escrito algunas ideas bastante especulativas sobre el México prehispánico, que reaparecen reiteradamente durante la expedición y que forman parte del hilo conductor de su quehacer. Evocando los viajes a Oriente y los estudios de historia antigua del conde de Volney, Waldeck intenta construir un puente fabuloso entre Oriente y América:

“¿Podría ser que desde el mar rojo se haya llegado a las costas de México? [...] Es evidente que los fenicios ya encontraron el camino a México después de haber concluido la vuelta a África. Yo creo, 1° que el tiempo de navegación (contando con los vientos alisios) permite cubrir la distancia entre el Mar Rojo y México, 2° que la analogía que existe entre Icqtan y Yucatán no es desdeñable y 3° que Ofir podría ser también esa famosa ciudad de Palenque, cuyo nombre antiguo se ha perdido. Y Chiapas es abundante en oro. Los edificios de Palenque, aunque tengan como base el estilo asiático, no carecen de trazos nada dudosos de lo egipcio y de lo fenicio. Yo espero ser tan afortunado que consiga resolver esta cuestión cuando esté allí.”<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Ibidem, fols. 21v–22.

Las asociaciones son bastante disparadas. Vuelan del Joctán del Génesis bíblico a Yucatán por una pretendida proximidad de nombres, relacionan especulativamente el mítico y maravilloso país de Ofir – cuya localización era procurada desde inicios de los tiempos modernos – con algún centro maya en función de hipotéticas coincidencias de riqueza y suponen una posible travesía fenicia del Atlántico con base en pretendidos hallazgos arqueológicos.

Esas ideas no eran una invención que partiese de Waldeck, sino que seguían una tradición que venía desarrollándose sobre todo a lo largo del siglo XVIII y a la cual la expedición napoleónica a Egipto había dado nuevos impulsos. En esa vertiente, él es un exponente tardío y empecinado, que se siente llamado a ofrecer pruebas contundentes para un pensamiento etnocéntrico en el cual pretende incorporar también el antiguo mundo americano. En ese proceso recurre a los diversos procedimientos legitimados por la ciencia de su tiempo.

Con ese propósito, por ejemplo, en un breve escrito, datado en diciembre de 1832, que tituló de “Consideraciones sobre la amplitud del ángulo facial de los habitantes de Palenque y su relación con los pueblos de Asia” (un manuscrito incorporado en la segunda versión de su *Journal*), escribe:

“Es notable que en Palenque todas las figuras tienen la línea de la frente a tal punto deprimida, que su representación tiende a parecer una caricatura; y como están errados en Europa en relación con la verdadera forma del perfil de los palencanos, me propongo darlo a conocer en su verdadero aspecto.”<sup>21</sup>

Junto con ese comentario, Waldeck dibujó el perfil de un cráneo y sobre él un estudio geométrico, con base en el cual indicaba las diferencias de ángulos craneanos entre los europeos y los habitantes de Palenque y, por otra parte, la afinidad con la conformación del cráneo asiático. Y afirmaba haber descubierto así un argumento incontestable de que los palencanos serían “de raza asiática”. Continuando esa línea de argumentación pretendió derivar su religión y su sistema de escritura de la India.

Con sus observaciones y método de estudio de la fisiognomía humana, Waldeck se había embarcado, de lleno en la tradición de los estudios craneología de Johann Friedrich Blumenbach, el médico y profesor de Anatomía y Antropología Física de la Universidad de Gotinga, y sus ideas habían contribuido decisivamente a conformar el mundo referencial científico de los viajeros desde inicios del siglo

<sup>21</sup> Newberry Library – Ayer Collection (Chicago), ms. 1265, fols. 81–83.

XIX, partiendo por el propio Alexander von Humboldt. Y a través de estos trabajos identificamos, también, que en su vasto repertorio de informaciones Waldeck dominaba perfectamente las propuestas de definición tipológica para la representación de los diversos pueblos del planeta que había creado el médico e ilustrador holandés Peter Camper, las cuales se habían difundido en múltiples ediciones – en versión francesa y ricamente ilustradas – desde finales del siglo XVIII.

Pero como era habitual en nuestro personaje, él lleva las propuestas científicas que utiliza hasta sus últimas consecuencias, con la expectativa de, si posible, ampliar su ámbito de validez. Si Blumenbach había afirmado que no existían trazos diferenciadores tan relevantes entre los individuos de los más diversos pueblos del planeta que no pudiesen encontrarse en otros de cualesquier otro grupo, Waldeck parece querer dar una prueba concreta de esta asertiva con individuos que hasta entonces jamás habían sido considerados, a saber, los de origen maya.

Durante su estada en Palenque, esas ideas fueron adquiriendo un peso casi obsesivo no sólo en sus divagaciones, sino que también se filtraban en sus dibujos, de modo que al registrar las figuras interpretaba o, en el mejor de los casos, completaba partes perdidas con base en sus especulaciones. Esa tendencia fue constatada ya por sus contemporáneos, específicamente por las comisiones de eruditos que fueron convocadas para emitir juicios sobre el conjunto de la obra americana de Waldeck. Desde entonces, el parámetro aplicado para la evaluación de su trabajo ha sido predominantemente de tipo científico; y, consecuentemente, la crítica casi siempre ha conducido a sentencias demoleadoras.

No obstante, al menos durante el tiempo que duró el periplo, el explorador supo atraer la atención y construir una imagen de sí mismo y de su trabajo de manera que consiguió los apoyos necesarios para seguir adelante. Desde Palenque emprendió una campaña de relaciones públicas por vía epistolar, retomando así la búsqueda de fondos para completar su proyecto. En agosto de 1832, estableció por primera vez contacto directo con la Sociedad de Geografía de París, mediante una carta en la que se presentaba como el ilustrador de la obra de Antonio del Río publicada por Berthoud:

“Cuando vi los dibujos a pluma de esa obra, dudé que fuesen fieles, y alimenté el secreto deseo de ver y dibujar esos objetos del natural. La ocasión se presentó en 1825 cuando, contratado como ingeniero hidráulico y segundo minero de la compañía inglesa de Ualpuhagua [sic!] en México, partí a ese país. – Abandoné mi empleo después

de un año, porque sabía que las minas estaban agotadas y partí a la capital donde me dediqué integralmente al estudio de las antigüedades aztecas. [...] Y no quería abandonar América sin llevar conmigo dibujos exactos de las ruinas de Palenque.”<sup>22</sup>

Waldeck fue creando de sí mismo la imagen de un personaje con una larga y profunda vocación por los estudios arqueológicos. Quizá sea aquí que debamos situar el comienzo de la construcción de una personalidad que pretendía ser emblemática para los estudios americanistas y que tres décadas más tarde alcanzaría connotaciones francamente fabulosas. Se presentaba, por lo demás, como un hombre de mundo cuyo trabajo ya había sido visto por diversos eruditos en México y se esmeraba por poner en evidencia el amplio abanico temático que era capaz de abarcar con su saber enciclopédico, haciendo referencia a las singularidades geográficas y a la riqueza botánica y zoológica de la región. En relación con su trabajo en Palenque llamaba la atención sobre las novedades que el mundo de las ciencias podría conocer gracias a sus descubrimientos:

“He concluido el plano del complejo de los edificios que forman parte del Gran Palacio. No se conocían sino catorce edificios; y yo ya he dibujado y medido dieciocho; los planos, los cortes transversales y los alzados serán de un gran interés. No he hecho sino muy pocas vistas pintorescas. Me he ocupado sobre todo de la escultura, de los jeroglíficos, los ídolos y las costumbres del país; y sobre todo de los perfiles de los hombres actuales, estudiando sus ángulos faciales. En cuanto al vocabulario de los diferentes idiomas, es difícil llegar a elaborar algo coherente. La lengua maya, que se hablaba hasta hace unos diez años, ya hoy es ininteligible. No consigo hacerme entender hablando y pronunciando las palabras de acuerdo con el diccionario de Pedro Beltrán; se trata de una lengua nueva que cambiará más aun en el curso de los próximos diez años.”<sup>23</sup>

Así pues, bosqueja la variedad de descubrimientos de primer orden que ofrecerían sus trabajos, realizados precisamente en los campos del saber que interesaban ardientemente a sus contemporáneos. Pero además, llama la atención de que se trataba de una tarea urgente, ya que ese mundo estaba en un proceso veloz de transformación.

<sup>22</sup> “Extrait d’une lettre de Jean-Frédéric Waldeck, commissionné de l’expédition des recherches aux ruines de l’ancienne ville de Palenqué, à M. Jomard” (datada en Palenque el 28 de agosto de 1832): *Bulletin de la Société de Géographie* 18 (1833), pp. 49–51, aquí pp. 49–50.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 51.

Por las mismas fechas escribió también a Edward King, Vizconde, más conocido como Lord Kingsborough, a Londres, pidiéndole apoyo financiero para concluir su proyecto. No sabemos acaso existía algún vínculo personal entre el explorador y ese noble inglés educado en Oxford y que invirtió su cuantiosa fortuna en publicar una vasta colección documental sobre México, bajo el título de *Antiquities of Mexico* (editada en nueve volúmenes entre 1830 y 1848). Las expectativas de Waldeck al convidar a Kingsborough a que contribuyese con su proyecto no eran peregrinas, si tenemos en cuenta que su afinidad de intereses con respecto a México coincidía también en cuanto a la hipótesis sobre el origen euroasiático de las culturas mesoamericanas. Así, a la vuelta de casi un año, cuando Waldeck se encontraba viviendo en las ruinas de Palenque, llegó la esperada respuesta positiva de Londres, que le proporcionaba una suculenta suscripción para seguir adelante y concluir sus investigaciones. Si bien aún habría de pasar otro año hasta que el viajero pudiese disponer efectivamente de los nuevos recursos financieros, la situación había pasado a ser promisoria, de modo que se animó a dejar las ruinas chiapanecas en dirección a Yucatán. Bloqueos derivados de una epidemia de cólera lo retuvieron largo tiempo en Tabasco, pero cuando por fin llegó a Campeche escribió con recobrado entusiasmo que trabajaba en un mapa de la península de Yucatán, que había concluido 98 dibujos dedicados a Palenque y que, gracias a haber adquirido una cámara obscura, podría trabajar a una velocidad cuatro veces mayor que antes.

A partir de ese momento, el diario dejó de ser un lugar para anotar sus confidencias personales y se transformó en un registro rápido de sus actividades. Durante el año 1835 viajó a Uxmal, Mayapán, Chichén Itzá y Cozumel. Sobre estas excursiones, así como sobre la elaboración acabada de las ilustraciones, las observaciones y las interpretaciones ya no se entremezclaban con asuntos de la vida cotidiana, sino que eran objeto de manuscritos separados que, a juzgar por la regularidad de la caligrafía, son copia o fueron escritos posteriormente, ya pensando en un texto para componer una publicación.

Pero, mientras sus exploraciones parecían ir viento en popa, su quehacer comenzó a despertar hostilidad entre las autoridades regionales. De hecho, a mediados de 1835 supo que existían recelos en relación con su trabajo y que su obra podría ser confiscada. Las desavenencias con personalidades de la administración pública y también con editores de publicaciones periódicas, particularmente en el propio Yucatán,

fueron en aumento, y quizá los excesos de su mal humor contribuyesen a empeorar el ambiente. Todo esto, sumado probablemente a una buena dosis de abuso en el tráfico de piezas arqueológicas, acabó por llevar a un conflicto en el que, estando en Mérida, el 16 de enero de 1836 fue intimado por el alcalde de la ciudad a entregar todo su material de trabajo. Para esa fecha, Waldeck ya había despachado a Europa la mayor parte de sus originales, de modo que asumió sin resistencias lo que calificó de “un acto de iniquidad”, y poco después abandonó el país.<sup>24</sup>

A partir de aquí, las inscripciones en el diario son esporádicas y presentan largas lagunas, hasta que, finalmente, se interrumpen a inicios de 1837, en Londres, cuando estaba afanado procurando formas de publicar su obra. Al año siguiente apareció en París el *Voyage Pittoresque et Archéologique dans la Province de Yucatán*, en cuyo frontispicio luce una reproducción de la medalla – aunque no la de oro – que le había otorgado la Sociedad de Geografía de París en reconocimiento del mérito del conjunto de sus exploraciones. Más allá de este homenaje se pierde toda pista de este personaje, tan enigmático como fabuloso, por algo más de veinte años.

#### MÁS ALLÁ DEL DIARIO

En el curso de la década de 1860, su retorno a la vida pública se centró en torno de las actividades de la Comisión Científica de México, que había sido instituida por un decreto de Napoleón III el 27 de febrero de 1864. A sus 98 años, Waldeck parece haber anhelado formar parte del comité que dirigiría las investigaciones en el campo de la historia, la lingüística y arqueología, pero su nombre nunca llegó a figurar entre los gestores de esa empresa. En este sentido, la Sociedad de Etnografía publicó un elogio de la vida y obra del ya viejo explorador, y en tono crítico observa:

“¿quién mejor que él habría podido llevar al seno de la Comisión un conocimiento profundo de las cosas de América? No sabemos de otro miembro de la Comisión que haya vivido, como él, tres años en medio de las ruinas de una ciudad muerta, que haya estudiado cada piedra, reproducido cada relieve, meditado delante de cada conjunto de símbolos que pudiese ser interpretado como escritura jeroglífica.”<sup>25</sup>

<sup>24</sup> British Library (Londres), ms. Add 41684, fol. 206.

<sup>25</sup> Gaston de Tayac, “La Commission du Mexique. M. de Waldeck”: *Actes de la Société d’Ethnographie* 4 (1864), pp. 256–260, aquí p. 259.

El tenor de estas palabras hace pensar que fue el propio Waldeck quien dictó la idea. Pero ese punto de vista estaba lejos de representar una valoración unánime. De hecho, ya en el dictamen de la Sociedad de Geografía de 1836 – cuando se le otorgó la medalla de bronce, y no la de oro – se había llamado la atención sobre su tendencia a aventurar conjeturas poco plausibles.<sup>26</sup> Y la Comisión Científica de México, si bien adquirió en 1864 el conjunto de sus dibujos – que para esas alturas era citado con el título de *Les ruines de Palenqué*<sup>27</sup> –, al publicarlas, él no fue llamado a escribir el texto, sino el abad Brasseur de Beaubourg.<sup>28</sup>

A pesar de las contrariedades, ya con más de cien años Waldeck se propuso crear un monumento de su comprensión de México en un óleo al que dio el título de *Sacrifice Gladiatorial* (Gráfica 1) y sobre el que publicó un pequeño texto, explicativo. Según la descripción del pintor, el cuadro representa el sacrificio de Tlahuicole, el héroe tlaxcalteca que, rechazando la clemencia de Moctezuma, se sometió voluntariamente a la muerte que le imponía su calidad de prisionero de guerra. La escena tiene lugar en una hipotética plaza de Tenochtitlán, en la que está representada una síntesis del mundo mexicana, según Waldeck, con sus ritos, divinidades, construcciones monumentales e incluso con la emblemática silueta del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl al fondo. Ya en las primeras líneas de su escrito, el pintor declara:

“[...] antes de romper totalmente con mis viejos pinceles, fieles compañeros de viaje, deseo dar a conocer con esta representación un trazo a tal grado glorioso [del México antiguo], desde el punto de vista de la virtud, del coraje, del poder moral y de la fuerza física, que ni las historias legendarias del sitio de Troya y ni el valor de Aquiles podrían compararse con la increíble energía del héroe de mi cuadro.”<sup>29</sup>

La pintura es de un clasicismo impecable y la evocación de la Antigüedad Clásica se manifiesta con tanto espíritu moralizante como podríamos encontrar, por ejemplo, en el *Juramento de los Horacios* de J.-L. David. Es evidente que cualquier juicio de esta obra desde una perspectiva del conocimiento arqueológico o histórico carece de todo sentido. Es el fruto de la fantasía de un individuo con una capacidad fabuladora extraordinaria.

<sup>26</sup> “Rapport sur le concours relatif à la géographie et aux antiquités de l’Amérique centrale [...]”: *Bulletin de la Société de Géographie* 2a serie, 5 (1836), pp. 253–291, aquí p. 266.

<sup>27</sup> Tayac, “La Comisión” (nota 25), p. 258–259.

<sup>28</sup> F.M. Waldeck/Ch. Étienne Brasseur de Beaubourg, *Monuments Anciens du Mexique, Palenque, Ocosingo et autres ruines de l’ancienne civilisation du Mexique* (París 1866).

<sup>29</sup> J.-F. Waldeck, *Sacrifice Gladiatorial* (París 1872), p. 3.

ria, la construcción de un pintor que, como la mayor parte de los artistas viajeros, inventa un mundo de acuerdo con su propio repertorio intelectual y pensando también en el mundo referencial de su público.

GRÁFICA 1. JEAN FRÉDÉRIC WALDECK. SACRIFICE GLADIATORIAL  
(CA. 1870). ÓLE SOBRE TELA; 91 X 135 CM.  
COLECCIÓN PARTICULAR, MÉXICO D.F.

